



La comunión en la vida de familia

Paolo y María Aminti

Premisa – **slide 1** (la comunión en la vida de familia)

Estimados hermanos y hermanas oblatos, agradecemos al Señor esta estupenda ocasión de encuentro a la que nos hemos preparado con la oración e interrogando nuestros corazones; hemos pensado proponer una exposición “unitaria”, fruto de una paciente espera. Hemos evitado a conciencia dos exposiciones distintas. Hemos procurado ser “acogida” mutua, eco y volver a proponer en clave personal aquello que íbamos entendiendo sobre “cómo” la familia es lugar de comunión.

Agradecemos a todos ustedes el haber podido ahondar durante esta labor en algunas intuiciones y casi experimentar su consistencia. Al afrontar juntamente esta “imposible tarea” nos hemos percatado de nuestras capacidades limitadas, pero también de la fuerza y del gozo que se sienten al ver crecer una nueva y más profunda conciencia de nuestro ser familia. Compartimos con gusto esta alegría con todos ustedes, en la certeza de que a pesar de nuestros medios inadecuados, a pesar de las diferencias que pueden existir entre nosotros, es posible transmitir una experiencia de fe fundamentada en la Palabra de Dios y en la Regla de San Benito.

Para que el sentido de lo que decimos sea más “transparente”, hemos pensado usar algunas imágenes que esperamos faciliten la escucha de parte de ustedes.

1 - todos somos Colosenses – **slide 2** (Llamados a llevar a cabo Su Palabra)

En la Carta a los Colosenses San Pablo nos dice: “...según la misión a mí confiada por Dios...para llevar a cabo Su Palabra... es decir Cristo en medio de vosotros...”¹

¹ Colosenses 1-25,26



Depurada de los incisos típicos de las Cartas paulinas, esta frase me ha llamado la atención. Por lo general pensamos que la misión de San Pablo haya sido la de “*anunciar*”... aquí él habla de “*llevar a cabo*” Su Palabra. Luego especifica: “*es decir Cristo en medio de vosotros*”; el llamamiento a la comunión ¡no podía ser más directo!

“Cristo en medio de nosotros”, en cada uno de nosotros, “lleva a cabo Su Palabra”².

Como comentario visual para este pasaje hemos elegido la imagen de María, obra de Antonello da Messina (alrededor de 1476), como icono de aquella que escucha y acoge, estudia y contempla, se asombra y acepta el plan de Dios sobre su persona, como se expresa estupendamente en el himno “Acatistos” de la Iglesia Oriental: - “Fe de eventos que piden silencio....”.

Nosotros oblatos y oblatas estamos acostumbrados, en la “lectio divina”, a prestar atención a Su Palabra, a escucharla y acogerla en nosotros. San Pablo nos dice que estamos llamados a ser Su “Palabra” o mejor “*verbum Dei*”: palabra eficaz, acción de Dios en la historia de la humanidad. Esto se expresa en altísima medida en María que acoge a Cristo hasta físicamente - “**verbum**” en su entereza - pero en cierta medida podemos decirlo de cada uno de nosotros. También nosotros, en la medida en que podemos, nos abrimos a escuchar, a acoger Su Palabra que quiere “permanecer” en nosotros.

De esta intuición se pueden desprender interesantes implicaciones respecto a nuestro estar “en comunión” con El y entre nosotros. Veamos tres ámbitos:

- 1. en la vida de la comunidad eclesial**
- 2. en la vida familiar**
- 3. en la vida espiritual personal de cada uno de nosotros**

² Juan 1,1 - prólogo



- **en la vida de la comunidad eclesial:** - Como nos dice San Pedro Damían: ”**¡toda la Iglesia está en cada uno de nosotros!**”³ y la misión que Dios confía a la Iglesia (como a San Pablo) es que nos ayudemos a “**llevar a cabo Su Palabra en nosotros**”, es decir a descubrir la presencia de Cristo en nuestras vidas. La comunión con Dios y entre nosotros no son dos realidades distintas, sino dos caras de una misma realidad en la que debemos dejarnos sumergir por el Espíritu y en él - en la “**vida nueva**” de San Pablo⁴ que en primer lugar es un don;
- **en la vida familiar:** - como familias de hombres y mujeres, de monjes/monjas o familias de seculares, estamos insertos en este plan de Dios, estamos destinados a ser “**perfectos en Cristo**”⁵ por la acción de Su Gracia. Eliminemos de nuestra manera de vivir la comunión en familia cualquier mal entendido “sentido del deber” o, peor aún, cualquier “obligación” moralista que nos impulsara a cumplir siguiendo un “código de reglas” más o menos rígido – porque esto sería volver “bajo la maldición de la ley”⁶, sería correr el riesgo del “malo celo” de la Regla de Benito;
- **en la vida espiritual:** - también en este ámbito, no es recurriendo a nuestros “méritos” que podemos llegar a ser “perfectos” y por consiguiente a estar en “unión-con” los demás. Aunque es cierto que esto podrá ocurrir sólo con nuestro esfuerzo, con nuestra colaboración. Eliminemos la idea de que existen “grados de perfección” unidos a nuestra confesión religiosa, a nuestra actividad en la vida eclesial y también a nuestras opciones de vida casados/virgenes/célibes, o a nuestras acciones, convicciones de vida que son ciertamente instrumentos útiles, pero no decisivos. Frente a la grandeza de nuestra vocación, es decir a la perspectiva de ser “verbum Dei”, nuestras distinciones, nuestros personalismos son realmente ¡muy poca cosa!

³ San Pedro Damían – opúsculo X – “la Iglesia es toda en uno y una en todos”

⁴ Romanos 6,4

⁵ Colosenses – 1,28

⁶ Gálatas 3,6-14



2 - De por sí la familia es don de comunión

En el marco de la vocación que acabamos de describir, entramos ahora en lo específico del tema que nos ha sido confiado: vamos a tratar de justificar la afirmación según la cual **“de por sí” la familia es un don de comunión**, es decir que **la familia tiene su propia manera de llevar a cabo Su palabra en nosotros**, de llevar a cabo la vida nueva a la que Cristo nos llama.

Desde el relato de la Creación hasta el Apocalipsis, toda la Escritura nos habla de Dios “trinidad” y podemos intuir que la “cumbre” y la “fuente” de la comunión entre las criaturas sea la relación entre las personas divinas. Las imágenes humanas más usadas y que mejor expresan la realidad trinitaria “celestial” son la pareja, la familia y las bodas; es posible afirmar que Dios Trinidad quiso expresar lo íntimo de sí en la estructura de comunión que es la familia basada en la relación de amor entre hombre y mujer.

slide 3

En esta reflexión nos dejaremos ayudar por la imagen pintada por Miguel Angel Buonarroti (alrededor de 1505) y llamada el “Tondo Doni”, imagen aparentemente “profana” - evidentemente no pintada para una Iglesia, sino para una pareja de novios de la familia florentina de los Doni.

slide 4

Solamente en un análisis geométrico de la pintura (en la que no podemos profundizar en esta sede) es posible encontrar unos “cánones” típicos del arte (sacro) románico y gótico, en particular de la tradición toscana. La “Madonna con Bambino” se había empleado ya para “ilustrar” la realidad trinitaria (p.e.. la Maestà di Santa Trinita pintada por el Cimabue).

Algunos elementos aparecen como “desentonados”, sobretudo en la figura de José, cuyas extremidades, escondidas por las amplias vestiduras, son desproporcionadas y parecen conectarse al



tronco parcialmente escondido por las otras dos figuras. También la torsión del cuerpo de María, si la analizamos fuera de un contexto geométrico, aparece casi “forzada”, notemos por el contrario como los círculos laterales “orientan” el dibujo pictórico.

slide 5

El particular de las figuras principales, (dentro del círculo en la parte alta de la imagen) nos pone en contacto con una relación de amor tan evidente y tan bien expresada por la maestría del artista que nos llega a las entrañas. De este rasgo particular podemos hacer una doble lectura:

- **humana:** el amor de la madre para con el hijo, la solicitud del padre para ambos parecen el estereotipo de los parabienes a los novios durante la boda..

slide 6

- **teológica:**
 - el Padre que sostiene de manera “misteriosa” e “invisible” las figuras del Hijo y de María manifiesta la acción de la primera persona de la divina Trinidad
 - el Hijo que tiende los brazos hacia la madre que lo acoge, y dirige su mirada hacia abajo... es el Verbo de Dios que se encarna y “baja”
 - María acoge al Hijo, sus miradas se cruzan, tiende hacia él sus brazos para sostenerle en la bajada... es el movimiento del Espíritu Santo que sigue la voluntad del Padre y del Hijo. Hay que notar, asimismo, el “juego” pictórico por medio del cual el brazo de María parece estar en lugar del brazo de José... ella es la sierva fiel que cumple Su voluntad.

Si nosotros como oblatos/as, como esposos y esposas, como miembros de familias hechas de personas, sin tener en cuenta las connotaciones religiosas, nos preguntamos: “Pero nosotros, ¿quiénes somos para Dios, cómo nos ve Dios, qué tiene que ver Jesucristo en nuestra vida?”, nos podemos pecar de que Dios como Padre, Hijo



encarnado y Espíritu Santo, aunque en la infinita desproporción entre las realidades divinas y las humanas, no está/están lejos, sino que habita/habitan “en nosotros”. Como hemos visto en el “tondo Doni” nuestra relación humana lleva dentro, como un injerto, una chispa del amor trinitario.

He aquí, pues, una lectura teológica de nuestro ser “a su imagen”. Si cada persona humana es imagen de Dios, una unión de dos (o más) personas que se quieren es una imagen más representativa del Creador que al revelarse trinidad, se revela comunión entre personas distintas.

En el lenguaje de los Sacramentos de la Iglesia Católica, decimos que la “Gracia sacramental” es el don del Espíritu infundido sobre los que “acceden” a los sacramentos. Es curioso notar que en el matrimonio el Espíritu no es infundido singularmente sobre cada uno de los conyugues, sino que va unido a su relación de amor⁷: es la relación, la unión que se “bendice” y que es “invadida” por la Gracia. El Espíritu Santo que es relación de amor trinitario, “habita” en la relación de amor entre un hombre y una mujer. ¡En todas las relaciones de amor!

Nos podemos preguntar cuáles son las características particulares del don de comunión que la familia vive; nos dejamos ayudar en esto por algunas reflexiones hechas por Don Renzo Bonetti⁸.

slide7

2.1 Comunión como complementariedad

La primera nota que califica y hace concreto el don particular de comunión que es la familia es la complementariedad. Los novios son dos personas que llevan a plenitud su propia persona por estar conectados, insertos en una relación recíproca. Solamente la familia (ontológicamente) une

⁷ Gaudium et Spes, 48 “Cristo, nuestro Señor, bendijo abundantemente este amor multiforme, que brota del divino manantial de la caridad y que se constituye según el modelo de su unión con la Iglesia. Porque, así como Dios en otro tiempo, salió al encuentro de su pueblo con una alianza de amor y fidelidad, así ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia, sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio. Y permanece, además, con ellos para que, así como El amó a su Iglesia y se entregó por ella, del mismo modo los esposos, por la mutua entrega se amen mutuamente con perpetua fidelidad. (...) Y se van acercando cada vez más hacia su propia perfección y mutua santificación y, por tanto, a la glorificación de Dios.”

⁸ Don Renzo Sonetti - – percorsi formativi teologici pastorali – anno 2003-04



constantemente lo que es distinto, según la modalidad del don-acogida, componiendo todos los días hacia la unidad las distinciones de sexo, sensibilidad, carácter, ideas, edad. Vivir la complementariedad conyugal es una llamada a crecer cada día en el amor para encontrar siempre nuevas maneras de componer las distinciones sin que se pierda nada de la originalidad de cada cual.⁹

La complementariedad, que viven en primera persona y de manera única y original tanto el esposo como la esposa, asume una resonancia concéntrica desde la relación padres-hijos, para continuar con la relación entre las familias y los parientes, entre las familias y los vecinos, entre la familia y la Iglesia, entre la familia y la sociedad. La relación de pareja, de padres-hijos, está llamada a expresar una armonía que valora las diferencias entre las distintas personas y que construye unidad. Las "patologías" de la vida familiar y de pareja a menudo están alimentadas por una falta de complementariedad que genera "dependencia", "fusiones", "ajustes", actitudes autoritarias, dificultad en la comunicación.

2.2 Comunión como compartir

La segunda característica de la manera de vivir la comunión en familia es el compartir. El compartir es la urdimbre profunda del amor, es compartir en el cuerpo, abriendo al otro nuestra íntima delicadeza y fragilidad; y es compartir del alma, con sus sentimientos, emociones y deseos. No siempre es perfecta como deseáramos que fuese, quizá a veces es deshilvanada, pero será sólida en su raíz si se fundamenta en la conciencia de que la vida en común expresa un **sentir** en común, es decir una **búsqueda** de una unidad profunda, cotidiana, concreta.

Compartir es también esto: dolor por lo que uno no puede o no logra compartir, dolor realmente ofrecido a Dios sobre el altar de una cualquier casa, quizá la nuestra justamente.

⁹ La unión de los esposos es un gran misterio (Ef 5,32), un signo que no sólo ripresenta el misterio de la unión de Cristo con la Iglesia, sino además lo contiene e lo irradia por medio de la gracia del Espíritu Santo que es su alma vivificante - Paolo VI – alocución a los Equipos Notre Dame – 04.05.1970



Compartir es esperanza y tenacidad en volver a tejer relaciones que han pasado por una crisis, quizá con las familias de origen o con algunos parientes con los que hemos tenido contrastes...

Compartir es la relación que Dios, en Cristo, crea con todos los "últimos" con las víctimas de muchas injusticias, de muchos conflictos... compartir es la apertura de la familia a los problemas del mundo.

Si la complementariedad concierne, principalmente, las relaciones internas del núcleo familiar, el compartir implica también las relaciones con "el exterior". El compartir es el camino por el cual la familia puede crecer en el amor hacia todos.

2.3 Comunión como corresponsabilidad

La tercera manera característica de vivir la comunión en familia es la corresponsabilidad: ser corresponsables del crecimiento humano, afectivo y de fe de todos los miembros es el estilo que la familia procura vivir y que es llamada a "exportar".

El Señor implica a la pareja en su proyecto de amor cuando ellos crecen en la corresponsabilidad. Marido y mujer entre ellos y con los hijos cultivan este don para sí y para los demás: no se rinden ante las incomprensiones y gozosamente tratan de buscar nuevas maneras para ayudarse.

Quizá sea éste el aspecto más bello de la corresponsabilidad, saber que estamos llamados a llevar en el corazón a los que viven a nuestro lado; que no podemos nunca descargar sobre otra persona la responsabilidad de la falta de diálogo y que también si hay silencio podemos y debemos mantener vivo el lazo de unión, aunque sea manteniendo viva la esperanza y el deseo de retomarlos. Pensemos en las crisis con nuestros hijos adolescentes, en los problemas de soledad de ciertos hermanos nuestros, enfermos o ancianos.

Actuar así con los amigos, con los parientes, con los vecinos de casa, con los hermanos en la fe de nuestra comunidad monástica quiere decir ser levadura, ser fuerza para crecer nosotros y los demás. No se trata de cálculo o de estrategia para que las relaciones humanas y de fe sean más



eficaces, sino que se trata del único camino que lleva a Cristo, cuyo rostro encontramos en la comunión vivida¹⁰, buscada, construida y defendida. ¿Cómo no leer en este camino el "mandamiento nuevo" de Juan¹¹?

2.4 Comunión como copresencia

Y examinamos el último aspecto: la comunión como copresencia. Si la copresencia es ser presente el uno al otro, estar "dentro", "en" el otro, ser "en" de la pareja, entonces la oración es la manera más elevada con la que esta unidad interior se expresa.

La oración de la pareja es sinfonía, canto acordado de dos almas. El íntimo de los dos llega a ser una sola voz y reconoce tener a un único Padre, a un único Señor, a un único Espíritu.

Son "imagen" (de la Trinidad) sumergida en la realidad; son trinidad creada en la Trinidad Increada. Tejen su copresencia con la presencia de Dios.

Es aquel Dios que no se ha manifestado sólo en María, sino que con el sacramento del matrimonio ha querido implicarse en la relación concreta de dos personas hasta hacerlas partícipes del amor que une a Cristo con su Iglesia¹². Cristo está con los esposos, **permanece con ellos**¹³, en ellos.

¹⁰ Regula Benedicti 1,2

¹¹ Juan 13,34

¹² . La familia recibe la misión de custodiar , revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa. Esta "participación real" nos ha tremar, pero a la vez nos infunde una enorme confianza y esperanza. Juan Pablo II - Familiaris Consortio n.17

¹³ Gaudium et Spes, 48



La cumbre de esta experiencia de copresencia de los esposos orantes es la Eucaristía. En ella los esposos se encuentran a ser una sola carne, además de su carne, en la carne de Cristo. Así se descubren "sacramento", visibilidad, actualización de la entrega de Cristo en darse "la carne" porque han estado en el Cenáculo¹⁴ y han tomado la carne de aquel que se entrega por amor. Mientras perciben la infinita distancia, se encuentran implicados en la misma actitud, se lavan los pies mutuamente, intercambian lo mejor aunque sea frente a una traición, superan las incomprendiones con el impulso de amor de Pedro, reclinan la cabeza sobre el pecho del otro como el apóstol Juan...

La Eucaristía es la señal que expresa una verdad extraordinaria: los cristianos forman en Cristo un solo cuerpo, son Su Cuerpo, como hemos dicho ya.

Ahora bien, nadie como los esposos saben qué significa ser un solo cuerpo, copresencia que se vive con intensidad, aunque con distinta calidad, con los hijos también. Ellos, engendrados por la unidad de la pareja y crecidos dentro de ella, pertenecen a su copresencia. Los hijos tienen un espacio permanente en el corazón de los padres. La vida de los hijos es la vida de los padres. Pero una ausencia de ellos, por cualquier motivo, los hace sentir más dentro aún. Y es esta extraordinaria experiencia de copresencia de esposos y de padres-hijos la que hace que una familia exporte sensibilidad de copresencia a la Iglesia y al mundo, un llamamiento precioso también para nuestras comunidades monásticas.

slide 8

Concluyendo esta primera parte de nuestras reflexiones podemos afirmar que en nuestra vida cotidiana de esposos podemos sacar vida de la presencia viva del Espíritu que se nos da en el sacramento del matrimonio. Esta presencia descubierta en la fe es acción vivificadora que se une a todas las demás realidades que vivimos y nos capacita para transformar hasta las experiencias más dolorosas; es novedad de perspectiva, novedad de solución, fantasía inagotable que lleva a no

¹⁴ Giovanni Cap.13



resignarnos frente a los obstáculos (tareas imposibles¹⁵) y a buscar siempre nuevos recursos de aceptación, de comprensión, de compartir y de cambio.

Acostumbrados a captar la acción de Dios en nuestra vida personal y familiar, podemos poco a poco llegar a percibirla en la vida de las personas con las que entramos en contacto, para alabar a Dios que en cada momento vivifica toda persona y toda situación.

Es necesario que haya personas atentas a Su acción que ayuden a los demás a crecer en la conciencia de Su presencia y eficacia. Atención paciente y docilidad divina no solamente en lo íntimo del ser, sino en la realidad familiar y en la sociedad entera, – la *conversatio morum* – como nos dirá por la tarde Norvene Vest. ¿Podría ser ésta una de las tareas prioritarias del monaquismo benedictino?

Abrirse a la acción del Espíritu es gracia divina, pero también fruto de la conciencia de Su presencia. Creemos que como oblatos benedictinos no debemos pensar en papeles de protagonistas: no es propio del oblat/a el "hacer", la actividad relativa a decisiones y programas. Esta también es necesaria, como consecuencia de la apertura al Espíritu, pero no es la actividad central. El nudo central es la atención acogedora, el guardar la Palabra, el alabar al Señor por Su presencia, la perseverancia de la Fe también en los momentos de silencio y de oscuridad, el ver y percatarse de Su acción - pequeño tallo frágil - en los que nos rodean y saber gozar y esto sin envidia, sin centrar todo en nosotros. Saber cultivar el tallo con gotas de esperanza, de ternura, de comprensión, de solidaridad, de compartir.

La rueda de molino de todos nuestros sufrimientos triturará el grano maduro de nuestra fe para que llegue a vivificar cualquier situación, hasta la más difícil, capacitándonos para amasar el dolor, el sufrimiento, el desaliento, el rencor, la rebeldía con la conciencia de Su cercanía - amor que salva.

3 – *Ojos de mujeres* – [slide 9](#)

¹⁵ Regula Benedicti 68



Para tratar de comunicar nuestra experiencia de vida de comunión en familia, he optado por elegir una imagen. Nos recuerda el episodio del Éxodo en el cual el pequeño Moisés es salvado gracias a tres mujeres: la madre, la hermana y la Hija del Faraón. Es un episodio que nos indica como la comunión entre personas puede traer la salvación.

Es un episodio muy lejano en el tiempo, pero es también Palabra que entra en mi horizonte de vida y me ayuda a mirar mi realidad con la mirada de Dios. Si me detengo a contemplar mi realidad desde estas tres intensas miradas logro captar profundas resonancias con la realidad que he vivido y que vivo en familia

slide 10

El particular de esta estupenda vidriera nos hará adentrarnos en la mirada de estas tres diversas figuras femeninas.

La madre de Moisés ve la belleza y la bondad de su hijo¹⁶, como Dios contempla la belleza y la bondad de lo que ha creado¹⁷. Me indica la capacidad para ver y contemplar gozosamente la belleza y la bondad de las personas que me están cerca. Me recuerda que la persona que está a mi lado, yo misma, mi hijo, somos un "don de vida" bello y bueno, que participa de esta misma belleza divina. Aquellos ojos de madre participan de la mirada atenta y solícita de Dios.

Esta madre capaz de contemplar la belleza de la vida me llama a contemplar la belleza del don de gracia que Dios me hace mediante la presencia de mi esposo, de mis hijos, de todas las personas cuya vida se cruza con la nuestra. También en las dificultades, en las incomprensiones, en el dolor puedo conservar una mirada que ve al otro como don que guarda su propia belleza más allá de lo que la incomprensión, la herida, la falta de sintonía empañan.

Esta mirada de madre, que tiene el valor de desafiar la orden de muerte del Faraón, a pesar del peligro personal que corre, me invita a tener una mirada limpia que no se desalienta ante las

¹⁶ Exodo 2,2

¹⁷ Génesis 1



dificultades y el dolor porque guarda la esperanza. La madre de Moisés nos enseña también cuál puede ser nuestra función sacerdotal: confía su hijo, con todas sus esperanzas, a las aguas de la misericordia de Dios. El término usado para indicar la cesta de mimbre es el mismo usado para indicar el arca de Noé en la que se entra para sobrevivir ¹⁸.

Yo no puedo adueñarme del bien del marido/mujer, del hijo/hija. Mi bien por el otro no se agota en nuestra relación, sino que tiene una vocación profunda que llama la eternidad. Yo hago la misma experiencia de la madre de Moisés cuando comprendo que mi marido no es sólo para mí, sino que ambos somos para Dios, cuando favorezco su crecimiento personal en la fe, cuando respeto la peculiaridad de su recorrido hacia el Padre, que a veces me muestra el rostro del misterio, el lado oscuro de la nube, mientras que para él es invitación a recorrer caminos de crecimiento. Confío a las aguas de la providencia misericordiosa de Dios nuestra relación hecha de sombras y de luces.

Entiendo que nuestra relación también no es mía, no me pertenece, porque es engendrada por el Espíritu, llevada por el Espíritu, interrogada por el Espíritu que la habita. Entonces no basta que cada uno de los dos se ponga singularmente en las manos del Espíritu, sino que es necesario que ambos pongamos totalmente en sus manos nuestra relación, con el valor de salir de las sendas escondidas, conocidas, posiblemente seguras. Ha sido ésta la experiencia de nuestro pequeño recorrido de vida como oblatos. Hemos vivido esta opción como un poner en las manos del Señor nuestra relación. Sin la presunción de querer alcanzar un estado de perfección. El Espíritu ha pedido habitar en nuestra carne mortal y falible, y la señal de su presencia no va a ser el no equivocarnos, sino levantarse cada vez gracias a Su don, alabándole. Me ha llamado mucho la atención un libro de John Chittister ¹⁹ en el que se hablaba de la respuesta de un monje a un visitante que preguntaba qué hacían en el monasterio: "Nos caemos y nos levantamos" fue su respuesta.. Esto va muy bien también para nosotros.

¹⁸ Génesis 7



slide 11

Deseo pasar ahora a la segunda figura femenina del cuadro, ella también caracterizada por una mirada capaz de contemplar la belleza/bondad de la vida para tener compasión y desafiar la orden de muerte del faraón. Su corazón capaz de compasión le permite superar las diferencias aparentemente abismales de raza, religión, categoría social. La hija del Faraón nos hace desear tener ojos capaces de ver al otro como Dios le ve, como hijos irrepitiblemente llenos de Su gracia y de Su vida. Nos enseña a quitarnos las máscaras de los roles, de las distinciones, de las distancias que guardamos para defendernos. Se hace "prójimo", goza de la vida y sabe cuidarla. Sabe captar el evento imprevisto como ocasión para sondearse a sí misma y descubrir al otro en su belleza. Al igual que ella en nuestra vida familiar estamos invitados a dejar nuestras máscaras, las defensas, las distancias formales para jugarlos todo en las relaciones. Al igual que ella estamos invitados a aceptar la colaboración también de las personas aparentemente menos importantes pero llenas de verdadera sabiduría.

slide 12

He aquí, pues, que nuestra mirada pasa a la tercera figura femenina, la de la hermana. Se trata de una figura frágil, una muchacha que mira cómo la madre confía el hermano a las olas y lo sigue hasta el momento en que la Hija del Faraón lo ve y lo toma. Es una mujer que vela, vigilante sobre la vida, en contemplación. No tiene que hacer valer el derecho de madre, ni natural ni adoptiva.

Tiene la hábil capacidad de poner en relación las dos mujeres que no cierran los ojos ante lo que ven y actúan en libertad según aquello que advierten en ellas mismas, contra la voluntad de aquel que es más fuerte. Las tres mujeres son cómplices de desobediencia con tal de ser fieles al llamado que la vida les lanza, vida percibida como bondad²⁰.

¹⁹ Joan Chittister – The rule of Benedict – insights for the ages – Crossroad – New York 1993

²⁰ mujeres con ojos de fuego – estudio bíblico presentado en la IV conferencia sobre la mujer en Naciones Unidas



La hermana tiene la característica de la vigilancia; su mirada escruta con trepidación los eventos para espiar cómo poder intervenir en defensa del indefenso; sabe esperar en la tormenta la pequeña fisura imprevisible para que la esperanza triunfe. No le pertenece la capacidad de engendrar, ni de alimentar, ni de mandar que una frágil vida se salve. Pero le pertenece saber poner en relación, en el momento oportuno, aquel que tiene la capacidad de hacer crecer la vida y quien de la vida cuida.

Es la mujer con capacidad de comunicar, con capacidad de colaborar, es la mujer de la construcción de comunión. Es la mujer de la mediación, del diálogo entre diversidades abismales aparentemente inconciliables, de raza, de casta, de religión.

Esta muchacha ¿qué dice a nuestra realidad de familia? Dice que no basta que yo sea capaz de amar a mi marido, a mis hijos, a los amigos. El Espíritu Santo, soplo de Dios creador de vida, quiere morar en mi familia; me pide que yo favorezca también las relaciones que no son mías: las relaciones entre mi marido y mis hijos, de los hijos entre ellos, con los abuelos y con los amigos.

Me pide que no me canse de favorecer su mutuo reconocimiento como algo bueno/ bello, como don de Dios uno para el otro, más allá de las incomprensiones, de las tensiones, de las fracturas; justamente cuando se dan, a cualquiera que quiera abandonarse a la acción del Espíritu se le pide que vele, siga prestando atención con amor hasta que se abra una pequeña fisura en la cual introducir lo imprevisible de la solicitud entrañable y tierna, capaz de sanar las heridas. Será ésta la prueba tangible de que Dios ama a cada uno como es, y hará posible que se realice en cada uno el sueño irrepetible de Dios que sólo Dios sabe ver. Y así la presencia vigilante y solícita de cada miembro de la familia ayudará a salir de las aguas turbias de la comunicación difícil, de la incomprensión, de la decepción, de la añoranza, de las pretensiones.

A mi marido y a mí el Espíritu nos llama, a cada uno según sus propias capacidades y originalidades, a cuidar las relaciones, para que cada una de ellas esté tejida con los hilos de amor de Dios. Para que las personas sepan mirar en el rostro de la persona que tienen delante el rostro



mismo de Dios que ha querido encarnarse en el hombre, en cada hombre (Lo que habéis hecho al último de estos hermanos míos, a Mí lo habéis hecho ²¹).

Esta muchacha me invita a cuidar cada día mis relaciones, también las relaciones entre monjes y oblatos, para que estas relaciones sean capaces de crecer según el proyecto de Dios que las ve bellas y buenas.

Esta muchacha me invita cada día a ser rostro dirigido hacia el otro, rostro que conoce su propia fragilidad que invoca aceptación, rostro que acoge fragilidad y la protege. Me llama a la fantástica capacidad de astucia para superar obstáculos aparentemente insuperables; de hecho, y con mucha astucia, no dice a la princesa "yo conozco a la madre": esto sería un riesgo para las dos. Por el contrario dice: "¿Quieres que te busque a una nodriza para el niño?"²² y así obtiene el resultado buscado. La orden: "Ve"²³ que son las mismas palabras que Dios dirigirá a Moisés. Una palabra que aquí es promesa de salvación, y que allí será inicio de liberación; pero la segunda ha sido hecha posible solamente mediante pequeños pero valientes gestos capaces de una mirada divina.

Estas tres mujeres, además de tener ojos como los de Dios, saben, en el momento oportuno, cumplir con libertad gestos de protección, de salvación, de sanación. Nosotros también estamos llamados a inventar cada día nuevas maneras de ser solidarios con quién es frágil, débil e indefenso. Nosotros también, cada cual desde el punto de observación en el cual la divina providencia nos ha colocado, debemos con solicitud saber captar la demanda de salvación que viene de la situación para darle respuesta..

Estas tres mujeres nos manifiestan que es posible "hacer familia", que es posible "hacer comunión", también fuera de los estrechos límites familiares de la carne, también fuera de los confines "religiosos". A nosotros la tarea de vivir cada día y realizar la comunión, en todos los sentidos.

²¹ Mateo 25,40

²² Exodo 2,7

²³ Exodo 3,10



4 – *Comunión como esperanza* - slide 13

Volvamos a la imagen de la Sagrada Familia, después de tantas obras artísticas, estas veces nos hemos inspirado en el pesebre ... "hecho en casa", de nuestra casa... Con esta imagen nos parece volver a la presencia **cotidiana, familiar** del *Emmanuel* – del Dios con nosotros.

Cada día El entra a formar parte de nuestra experiencia de amor, para conducirla hacia la realización de la total comunión de vida que El es, como hemos dicho ya. Esta imagen, hecha con material pobre, en la que vemos a un niño frágil acogido por su familia en una situación precaria, nos pide que demos razón de la esperanza que habita en *nuestra* (no en la *mía*) experiencia de familia y la experiencia de familia de todos nosotros.

La vida de familia no es sólo una experiencia de comunión, sino también experiencia de esperanza. No podemos contentarnos de una esperanza entendida sólo como un deseo "último", como algo que se dará, como superación de la actual existencia.

Con el retorno de Cristo se construirá la Jerusalén celestial²⁴, allí donde el río de la presencia vivificadora de Dios correrá perenne hacia el centro, allí donde Su luz será fuente perenne de calor, de energía nueva y vital que nos invadirá anulando todos los diafragmas que por lo general le contraponemos. Si en la esperanza hay sin duda una dimensión de espera, de salto hacia, de llamamiento a más, yo creo que este salto es posible hacerlo partiendo de la conciencia de un don que se ha realizado ya, aunque sea en parte. Por consiguiente, voy a buscar entre los pliegues de mi vida cuándo ese don ha empezado a realizarse.

Podemos vivir la esperanza ya desde hoy como memoria de una experiencia, como custodia amorosa del recuerdo de todas las personas que se han dirigido a nosotros con amor, con fidelidad, con perseverancia, con confianza. Veo los rostros de nuestros padres, siempre llenos de cariño hacia nosotros, superando incomprendiones, diversidad de opiniones, asperezas de carácter, abismos de sufrimiento. Ellos han sido los primeros testigos del amor eterno de Dios, que nos acompaña a lo largo de todo el recorrido, por muy tortuoso que sea nuestro camino.

²⁴ Apocalipsis, cap. 21-22



Algunos testigos nos han enseñado el gozo de la fe, que envuelve todas las experiencias de vida hasta el paso final entre los brazos de Dios.

Mi central experiencia de esperanza consiste en seguir gozando del amor fiel de Pablo. Fiel no solamente porque no rajado por la traición, sino fiel al sueño común de un compartir siempre renovado y profundo de afectos, deseos, aspiraciones a conocer y acoger a Dios. Yo puedo esperar que siga construyendo con él comunión sólo si soy capaz de acoger el gran don que ya me ha hecho. He hecho experiencia de esperanza todas las veces que he sido esperada, más allá de la momentánea imposibilidad de entendernos, todas las veces que Pablo ha creído en mi amor y me lo ha manifestado con tenaz ternura, unida al deseo y a la confianza, sin límites.

He experimentado la esperanza en el don de la vida de los hijos, tan irrepetibles en su hermosa personalidad, pero también en la pérdida de los hijos, allí donde el dolor parte el corazón y uno no entiende nada, pero se pone en Sus manos confiando en que tenga un sentido aquello que aparentemente no lo tiene.

Hemos experimentado la esperanza en situaciones de incertidumbre y de desazón en las realidades del lugar de trabajo, guardando la espera para nuevos recorridos de vida que, lentamente, sin alguna garantía, se han ido abriendo.

Nos hemos acercado a la fuente de la esperanza en la experiencia del perdón, recibido y dado. Hemos vivido la esperanza en la enfermedad, vivida no en la desesperación, sino como surco profundo de la tierra de la que puede levantarse un frágil tallo de novedad de vida. Y la esperanza frente a la experiencia de diversidad, de fractura, de perspectivas no conciliables, cuando decido ser lugar donde se cultiva la espera amorosa y amante del otro, confiando en la Palabra “yo hago nuevas todas las cosas”²⁵.

Esperanza es decidir acoger sobre los propios hombros la desesperación de aquel que me está cerca haciendo cada día pequeños gestos de justicia y de solidaridad. Esto no es posible sin la obra del Espíritu Santo que toma nuestras pequeñas realidades y echa las bases para construir una comunión inédita.



slide 14

Hemos “leído esta “vocación” común a todos nosotros en la estructura concreta de la bandeja circular que hemos puesto como telón de fondo del pesebre: está hecha de diminutos trocitos de madera, probablemente lo que queda de la misma, al trabajarla... un material sin valor, que por lo general se usa para limpiar el suelo, o para quemarlo. Alguien ha tenido la idea de enrollarlos, de pegarlos el uno con el otro... y he aquí una bonita bandeja sólida, bonita y útil. Así somos nosotros cuando nos dejamos “doblar” y “unir” ¡por el Espíritu Santo!

Esperanza es esperar que todos nuestros intentos de comunión, pequeños y contradictorios, Dios los tome en sus manos para construir una nueva humanidad.

Espero cuando pongo en marcha toda mi creatividad para construir puentes de comprensión y de acogida hacia el otro y luego pongo en las manos de Dios la realización de estos puentes de comunión.

Hemos compartido no experiencias excepcionales, sino las de miles y miles de familias que han experimentado y experimentan cada día, y mucho mejor que nosotros y en situaciones mucho más difíciles que las nuestras. ¡Es un intento de lectura de la experiencia de todos nosotros!

Lo específico de los oblatos casados, o que viven en una familia relaciones de amor, no es el número o el tipo de oraciones cotidianas que se recitan, sino el saber leer la vida familiar como historia de salvación, lugar donde se realiza la voluntad de comunión entre Dios y el hombre.

Una infinita variedad de familias teje con hilos de diversos colores una realidad hecha de relaciones de amor que encarnan la Misericordia de Dios que “se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen” ²⁶. El tejido compuesto por esos hilos es la “vida nueva” que Jesús vino a inaugurar.

²⁵ Apocalipsis, 4,5

²⁶ Magnificat



Vivamos la esperanza como pasión desde hoy, en la medida de lo posible, a pesar de ser incompleta, porque es en la vida cotidiana donde podemos edificar algo que hoy sólo entrevemos, pero que creemos se cumplirá en plenitud como posibilidad de nueva convivencia.

Ninguna relación humana es demasiado pequeña para que no haga resplandecer en ella el amor trinitario de Dios y para no conectarse con las demás experiencias análogas en una relación de acogida de amor. Quien sabe amar, quien ha hecho la experiencia de ser amado y de amar, sabe captar en los demás ese potencial, sabe abrirse a la confianza, sabe reconocer los riesgos, los errores, y sabe entusiasmarse frente a las enormes posibilidades de “regeneración” insertas en cada relación de amor.

En este momento estoy pensando en la relación entre monjes y oblatos: caminos aparentemente tan distintos que pueden conectarse armoniosamente, enriquecerse mutuamente cuando se tienen ojos semejantes a los de la hermana de Moisés quien, como hemos visto, sabe custodiar las relaciones abriéndose a la novedad...

¿Cómo cada una de las dos realidades, la de los monjes y la de los oblatos, podría ser don la una para la otra?

Ambas realidades tienen un valor particular de anuncio al mundo de lo que llegará al final de los tiempos cuando todos en el cuerpo y en espíritu seremos “uno” con el Padre y con el Hijo en el Espíritu Santo.

Los monjes dan visibilidad al **con Quién** tendremos las bodas eternas, nosotros esposos oblatos damos visibilidad al **cómo** serán las bodas eternas: en la unidad de los distintos en una **relación** que es don, perdón y acogida. Debemos ayudarnos a ser **expertos** en componer la diversidad para el gran gozo de hacer experiencia de la comunión esponsal vivida en el espíritu y en la carne.

Ninguna de las dos modalidades de vida dice por sí sola toda la amplitud y profundidad de la profundidad del ser Hijos de Dios, llamados a participar en la relación de amor que es la identidad de Dios Uno y Trino.



Los esposos que han recibido del Espíritu como don la fuerza unitiva pueden hacer transparentar en su cotidiana relación el amor de Cristo que actúa en la Iglesia para que todos sean una sola cosa, recordando el valor esencial de la relación.

Los monjes nos invitan a la ulterioridad, porque nuestro amor añora el infinito y no puede agotarse en la persona amada, sino que está llamado a darse a todos los demás seres humanos, reconocidos como hermanos. La persona amada es señal, pequeña anticipación de la relación de amor total e infinita que tendremos con Dios.

Esto vale para todas las parejas cristianas, pero el Señor ha querido regalarnos esta particular relación de fraternidad con la comunidad monástica; en mi opinión esto puede querer decir que en esta relación fraterna El nos da una gracia particular, para que cada forma de vida comparta con la otra la plenitud de su identidad.

Como dice Enzo Bianchi, Prior de la comunidad de Bose, la esperanza se alimenta de convergencia de horizontes, de deseos, de proyectos, de comunidad, de práctica y de ejercicio, de encuentro, de diálogo y de comunión²⁷. Para vivir la comunión que es Cristo en nosotros, es necesario que nuestra esperanza sepa ensanchar los confines, siendo esperanza para todos los hombres. No podemos esperar sólo para nuestra salvación, personal, familiar o comunitaria, sino que debemos esperar para todos, para la transfiguración de todo el cosmos y de todas las criaturas que en ello viven. Pero la experiencia cósmica necesita muchos pequeños pasos cotidianos de relación amante.

¡Gracias!

Slide 15

²⁷ Enzo Bianchi – prior de la Comunidad de Bose



Oración

Espíritu Santo, amor divino
danos la conciencia
de tu presencia como Persona
en nuestra vida de pareja.
Tu Espíritu Santo, siempre escondido y siempre presente
hace surgir a nueva vida nupcial
cada célula de nuestro ser esposo y esposa.
Haznos capaces de vivir en nuestra vida de familia
aquella danza Trinitaria de amor
de la que somos minúscula participación.
Danos el valor de conocer
el secreto del amor total que es la Pascua
para poder multiplicar tus frutos espirituales.
Pon en el corazón y en los labios las palabras adecuadas
para decir bien, bien-decir el matrimonio
como lugar de tu manifestación.
O María, atenta oyente del Espíritu Santo,
ayúdanos a captar Su soplo de vida
para poder también nosotros contigo cantar el Magnificat. ²⁸

²⁸ Don Renzo Bonetti – op. cit.